

Virginia en su habitación

Neus Arqués

Ilustraciones de
Gemma Capdevila



Únicas
algar

ME PRESENTO

Me llamo Virginia Woolf.

Soy escritora y soy feminista. Quizás soy escritora porque soy feminista, o al revés.

Escribí novelas, ensayos, cartas, diarios y artículos. Soy la autora de uno de los textos que más se citan cuando hablamos de feminismo.

En mi época me arriesgué: aunque estaba enferma y en minoría, defendí públicamente que las mujeres necesitamos nuestro propio espacio.

Han pasado casi cien años y diría que estoy de moda: hoy decoran camisetas con mis frases y ponen mi retrato en carteles coloridos. En Instagram encuentras miles de fotos con mi imagen y mis palabras. Todos me etiquetan, pero ¿me conocen?

Me gustaría explicarte quién soy y qué pienso, y preguntarte qué piensas tú.

Para eso, iré intercalando recuerdos y anécdotas de mi vida con notas sobre mis libros. Vida y obra están en mi caso muy cerca.

Ojalá al final tengas tu propia idea de por qué #VirginiaWoolf es todavía hoy una etiqueta importante.

¿Te animas?

MIS PADRES

Comencemos por el principio.

En clase de literatura te explicarán que Virginia Woolf escribía sobre la vida. Y es cierto: mi vida y mis libros están muy relacionados. Por eso empezaré hablándote de mí.

Nací en Londres el 25 de enero de 1882. Mi nombre oficial era Adeline Virginia Stephen, pero en casa todos teníamos apodos. Mis hermanos me llamaban la Cabra. Creo que me pusieron este sobrenombre porque yo tenía tendencia a meter la pata, les hacía reír con mis bromas y era incapaz de recordar dónde dejaba las cosas. Mi hermana Vanessa, en cambio, mereció el apodo del Delfín: ella y yo éramos muy distintas.

Mi madre me tuvo en su dormitorio, como era costumbre entonces. Vivíamos en una casa alta, oscura y poco ventilada. Londres, la capital del gran Imperio británico que entonces se extendía hasta la India, crecía a buen ritmo gracias a los emigrantes llegados de todos lados. En sus calles, lo antiguo y lo moderno se mezclaban. Los carruajes particulares, conducidos por cocheros de peluca blanca, se cruzaban con los primeros autobuses, que todavía iban

tirados por caballos. Los señores que montaban en bicicleta, con la rueda delantera mucho más grande que la trasera, tenían que frenar porque los niños se cruzaban en su camino, corriendo tras la pelota... Las señoras, en cambio, montaban en triciclos, de modo que las faldas no les molestasen a la hora de pedalear. Todos se movían de un lado a otro y la ciudad no paraba.

Fui la tercera de los cuatro hijos que Leslie y Julia Stephen tuvieron en común. Mi hermano mayor se llamaba Thoby. Después venía Vanessa, a quien siempre estuve muy unida. Llegué entonces yo, la pequeña de la casa... por poco tiempo: al año nació mi hermano menor, Adrian, y me quitó el puesto de favorita.

Tanto mi padre como mi madre ya tenían hijos de sus primeros matrimonios. Por parte de padre, yo tenía una hermanastra, Laura, mentalmente enferma; por parte de madre, tres hermanastros: George, Stella y Gerald.

En la familia Stephen a los chicos y las chicas no nos educaron igual. Ellos fueron a la universidad. Nosotras, en cambio, recibimos lecciones en casa. Mi madre o el tutor nos daban clase de idiomas, matemáticas y dibujo. Por suerte, mi padre me dejaba consultar su biblioteca, porque desde pequeña me encantaba leer y escribir.

Mis hermanos y yo creamos nuestra propia revista. Le pusimos de título *The Hyde Park Gate News*,

porque Hyde Park Gate era el nombre de la calle en que vivíamos. Allí escribíamos sobre las cosas que nos sucedían, como, por ejemplo, la visita del típico pariente pesado. También escribíamos historias que nos inventábamos para entretenernos. La revista era nuestra red social... en papel.

Mi madre era una señora muy guapa. Tanto, que de joven había sido modelo. Trabajaba sin descanso, en casa, con todos los hijos e hijastros. Por si la familia numerosa no fuese suficiente, mamá cuidaba de los parientes enfermos y todavía encontraba tiempo para participar en obras de caridad para los pobres. Eso sí, a pesar de su fuerte compromiso, mamá defendía que el espacio de las mujeres era la casa. No le parecía necesario que tuviéramos derecho al voto. Por eso ya desde pequeña el tema de si las mujeres teníamos que votar o no estuvo muy presente en mi pensamiento.

Mi madre murió muy joven, con solo cuarenta y nueve años. Recuerdo que papá mandó que nos llamaran a todos. Nos hicieron subir a su habitación para que, uno a uno, nos despidiéramos de ella. Llegó mi turno y me acerqué a su lado. La recuerdo perfectamente, muy pálida, tendida en la cama. Mama me susurró, en una voz tan baja que casi no se oía, que caminara con la espalda bien recta.

Ese mismo día murió.

Yo tenía solo trece años y su muerte me trastocó. Para mí la vida se había interrumpido. En ese momento sufrí mi primera crisis nerviosa: aquella situación me superaba.

Stella, hija de mi madre y de su primer marido, asumió la responsabilidad de organizar la familia. Nos llevaba con mucha dedicación y cariño. Pero mi hermanastra encontró un pretendiente y se casó. Y, al casarse, se marchó de casa.

Stella murió a los tres meses de su boda. A mis quince años, yo me sentía muy angustiada: en vez de protegerme, las personas mayores que debían cuidarme morían. ¡Qué sensación de abandono más terrible!

Mi padre era por aquel entonces un hombre mayor: ya había cumplido los cincuenta cuando yo nací. Era estricto y exigente: todos teníamos que obedecerle. Papá fue un intelectual muy respetado. Le gustaba mucho la montaña y era un buen alpinista. Estaba obsesionado con su trabajo, escribía y escribía, y diría que yo heredaré su obsesión. Murió cuando yo tenía veintidós años.

Si buscas en Internet la fotografía más conocida de mis padres, los verás sentados en el sofá, cada cual leyendo su libro. Primero está mi madre, de perfil, y junto a ella, papá con su barba. Las paredes de la sala están empapeladas, y los estantes, llenos de libros. Al fondo asoma apenas la carita de una niña mirando

a cámara: soy yo a los diez años, junto a mis padres, estudiándolos con atención, como si les pidiera: «¡Eo! ¡Eo! ¡Basta de leer! ¡Miradme a mí! ¡Estoy aquí!».

HABLEMOS DE MI OBRA: 'AL FARO'

Tanto mi madre como mi padre están muy presentes en mis libros. Solo escribiendo sobre ellos pude aceptar de algún modo su muerte. Esto es especialmente cierto en la novela que se titula *Al faro*. Por eso ahora que estamos hablando de mi familia me gustaría comentártela.

¿Recuerdas tus vacaciones cuando eras pequeña?

Yo nunca olvidé las mías. Cuando yo nací, mis padres alquilaron un caserón donde veraneamos los diez años siguientes. Se llamaba Talland House y estaba situado en el pueblecito de Saint Ives, en la costa de Cornualles.

Papá y mamá querían que los niños pasásemos el verano junto al mar, lejos del ambiente cargado y gris de la gran ciudad. En Saint Ives corríamos libres y jugábamos a nuestro aire por la playa. Las normas de comportamiento, que en Londres eran muy estrictas, se relajaban. Mi madre iba al pueblo en tartana a hacer la compra. Los niños buscábamos cangrejos en la orilla y cazábamos mariposas.

Desde Talland House se divisaba un faro y lo tomé prestado para esta novela. Resulta que mi hermano

Adrian quería ir en barca hasta el faro, pero mi padre no le dejaba. Y eso es precisamente lo que escribí en mi libro.

En realidad, no hay mucha acción. La primera parte de *Alfaro* cuenta que James Ramsay, uno de los protagonistas de la novela, quiere ir al faro. Al final del libro, años después, James por fin consigue ir. Mientras tanto, la señora Ramsay, su madre, ha muerto.

Como la mía.

Cuando mi madre murió, dejamos de ir a Saint Ives.

Mis hermanos y yo regresamos al pueblo muchos años después. Experimenté entonces la sensación extraña de volver a un lugar donde has sido muy feliz pero que ya no es tal y como tú lo recordabas.

Publicamos *Alfaro* en 1927. Mi hermana Vanessa diseñó la portada e imprimimos 3 000 ejemplares. El libro fue un éxito de ventas. Con el dinero que ganamos, mi marido y yo nos compramos un coche.

QUÉ PUEDES HACER SI ESTÁS ENFERMA

«¿Estaba loca Virginia Woolf?».

Si le comentas a alguna amiga o familiar que estás leyendo un libro que trata sobre mí, es posible que te hagan esta pregunta.

A menudo se dice que yo sufría un trastorno mental.

Te propongo que busques en Internet fotos mías.

Seguro que encontrarás un retrato en el que aparezco de perfil: es muy conocido. Me lo hicieron de joven. Llevo una sencilla blusa blanca fruncida y una fina cadenita en el cuello. La raya en medio y el pelo recogido en un moño bajo; la mirada, pensativa.

Observa la foto con calma:

¿Te parece que estoy loca?

Esto es lo que te puedo decir al respecto:

En mi familia las enfermedades mentales estaban muy presentes. Mi abuelo sufrió una fuerte depresión. Como te he contado al principio, mi hermanastra Laura era discapacitada mental. Además, yo tenía un primo, Jem, que se dejó morir de hambre. Podríamos afirmar que yo tenía antecedentes familiares de trastornos mentales.

Personalmente, la enfermedad no me abandonó nunca. Estos eran los síntomas: me dolían la cabeza y la espalda, me subía la fiebre y me desmayaba. Además, cuando me sentía enferma, me deprimía, me angustiaba y oía voces. Si hoy me visitara un especialista, probablemente me diagnosticaría un trastorno bipolar.

Las crisis se repetían y yo las temía, pero nunca disimulé. Nunca escondí que estaba enferma. Sí, yo era una paciente, pero no me consideraba una víctima. Por eso, en vez de quedarme en cama y lamentarme, me preguntaba qué opciones tenía para que tanta enfermedad sirviera de algo.

Como te contaba, cuando mi madre murió, sufrí mi primera gran crisis nerviosa. Me encerré en mi habitación. El pulso se me aceleraba y las personas me daban miedo. Estaba muy enfadada con el mundo y era como si esa emoción se trasladase a mi cuerpo.

Sentía rabia y tristeza. Para consolarme, leía.

Aquí vendría mi primera recomendación: si estás enferma y los médicos no te dejan hacer vida normal, lee. Te distraerás y te sentirás menos sola.

De mayor, cuando se presentaban las crisis, Leonard, mi marido, me hacía de enfermero y me vigilaba. Él anotaba todos mis síntomas. Al principio de encontrarme mal, yo me agitaba, me ponía violenta y no paraba de hablar. Después seguía la fase depresiva, durante la cual no comía ni hablaba. Debo explicarte que cuando sufrí las principales crisis, las

más fuertes, intenté suicidarme, tan profundo era mi trastorno.

Buscamos la opinión de los médicos.

En aquella época los especialistas creían que mi enfermedad podía curarse si me aislaban, para que yo pudiera descansar sin sobresaltos ni interrupciones. Por eso en más de una ocasión me ingresaron en centros de convalecencia.

También me recomendaron la dieta de la leche: tenía que beber dos litros al día.

Otro de los médicos que consultamos opinó que mi trastorno estaba relacionado con la dentadura y me sacó tres muelas sanas para ver si así me curaba. No funcionó, claro.

Todos estos remedios hoy resultarían extraños, ¿verdad?

En cualquier caso, quiero dejar claro que yo intenté curarme. Cuando estamos enfermos, es importante buscar el apoyo de las personas cercanas y de los médicos. También podemos cuidar nuestro cuerpo poniendo especial atención a nuestra dieta.